

EL DESTINO DE LOS INDÍGENAS DEL URUGUAY

Fernando Klein

Universidad del Trabajo del Uruguay

Resumen.- El artículo persigue la reconstrucción del pasado indígena del Uruguay a partir de la revisión crítica de los documentos históricos y restos arqueológicos disponibles. Se hace especial énfasis en la etnia charrúa que aunque a nivel demográfico fue prácticamente insignificante dejó una huella muy profunda que hasta el día de hoy se observa en el pueblo uruguayo. El legado indígena se puede observar en su coraje, la defensa de sus valores culturales, y su pasión por la libertad. Tres siglos se prolongó la confrontación entre los charrúas y la cultura criolla hegemónica, lo cual tuvo gran efecto sobre su cultura y sus propias vidas. Las relaciones que se establecieron fueron, pues, de gran tensión con una enorme violencia siempre latente. La lucha tuvo un final terrible y lamentable, además de la inevitable aculturación, en Uruguay se reafirmó en forma definitiva que no había lugar para las culturas aborígenes.

Palabras Clave.- Uruguay, indígenas, charrúas, etnocidio

Abstract.- The article deals with the reconstruction of Uruguay indigenous past taking into consideration the critical review of historical documents and archaeological survivals. It focuses its attention in the Charrua etnia that, even was quite insignificant in demographical numbers, it left a deep track that can be still watched in the Uruguayan country. The indigenous heritage can be observed in their courage, the defense of their cultural values and in their passion for freedom. The confrontation between the Charrua and the Creole culture lasted three centuries, and it had a perdurable effect in their culture and in their own lives. The relationship that was established can be described as one of big tension and a latent huge violence. The fighting had a terrible end and unfortunately, including the unavoidable acculturation, in Uruguay was reaffirmed definitively that there were no place for aboriginal cultures.

Key Words.- Uruguay, indígenas, charrúas, etnocidio

1. INTRODUCCIÓN. LOS GRUPOS INDÍGENAS DEL URUGUAY

Para comprender la distribución de los grupos indígenas en el Uruguay, debe considerarse a este país como originariamente integrado en un área más extensa que abarcaba las cuencas de los ríos Paraná y Uruguay desde sus fuentes en el sur del Brasil.

A ambos lados del río Uruguay, tanto del lado argentino como uruguayo, se distribuía el grupo de los charrúas; los departamentos actuales de Río Negro, Durazno, Paysandú, Salto, Tacuarembó, Cerro Largo y Treinta y Tres, estaban ocupados por grupos indígenas que mantenían un parentesco directo con los charrúas (se habla de una macro etnia charrúa): los Minuanes, los Yaros, los Bohanes y los Guenoas. Otros grupos también próximos a los charrúas fueron los Guyanás que ocupaban el litoral costero del Uruguay desde la laguna De los Patos en Brasil, y los Chanás, que se distribuían por la costa del Río de la Plata, siguiendo luego el curso del río Paraná en la actual mesopotamia argentina. Frente a estos grupos existía la presión constante de un último grupo, el de los Guaraníes. Estos habitaban las zonas semiselváticas del Paraguay pero ya se habían extendido hacia el norte del Uruguay y del Estado brasileño de Río Grande del Sur, e incluso hasta la actual Provincia de Buenos Aires (Pi Hugarte 1998:7).

1.1 LOS CHARRÚAS

Los charrúas fueron los primitivos pobladores de la ribera norte del Río de la Plata, así aparecen en los testimonios de cronistas europeos como en la Memoria de Diego García (1526), Ulrico Schmidel (1536), Barco Centenera (1602), Ruy Díaz de Guzmán, (1612) y el P. Lozano. En la época colonial, los distintos grupos indígenas "emparentados" con los charrúas (tales como los bohanes, minuanes, guenoas, etc.), quedaron finalmente fusionados entre sí: el empuje constante de los colonos así como la construcción de fortines y fortalezas en la costa del Río de la Plata, determinaron que este grupo se alejara de la costa hacia el norte ocupando espacios altamente despoblados (Pi Hugarte 1998:52).

1.1.1 DESCRIPCIÓN FÍSICA

Los charrúas pertenecían a la raza pámpida, alta, vigorosa y bien proporcionada; los antropólogos físicos describen los caracteres genéricos que distinguen a la raza pámpida del siguiente modo:

"El cráneo es voluminoso y presenta con frecuencia un elevado espesor óseo y notable peso, especialmente en los grupos macrosomáticos conservados en el sur; los pómulos son poderosos y el mentón grueso y saliente; la cara es alargada y el índice nasal leptorrino (nariz estrecha y larga). La construcción del esqueleto es maciza, a, veces enorme. Al lado de este canon macrosomático algo grosero, hay que tener en cuenta las proporciones recíprocas de los miembros, que señalan una notable armonía. El corte atlético y el equilibrio de las masas musculares hacen del pámpido uno de los más soberbios modelos

del organismo humano. En cuanto a la fisonomía, no existe casi dimorfismo sexual, y los hombres muy poco se distinguen de las mujeres. Color cutáneo de pigmentación intensa, con reflejos bronceados. Iris oscuro; pelo duro y liso" (Imbelloni 1957: s/n).

Félix de Azara, militar, marino y geógrafo español (1742 - 1821), fue comisionado por la Corona española para establecer los límites hispano – portugueses en América del Sur. Estando en América entre los años 1781 y 1801 deja una descripción de los charrúas señalando que son una pulgada más altos que los Españoles, "pero los individuos más igualados y bien proporcionados, sin que entre ellos haya contrahecho o defectuoso, ni que peque de gordo ni en flaco. Son altivos, soberbios y feroces; llevan la cabeza derecha, la frente erguida, y la fisonomía despejada. Su color se acerca tanto o más al negro que al blanco, participando poco de lo rojo. Las facciones de la cara, varoniles y regulares; pero la nariz poco chata y estrecha entre los ojos. Éstos algo pequeños muy relucientes, negros, nunca de otro color, ni bien abiertos. La vista y el oído doblemente perspicaces que los de los españoles. Los dientes nunca les duelen ni se les caen naturalmente, ni aún en edad muy avanzada, y siempre son blancos y bien puestos. Las cejas negras y poco vestidas. No tienen barbas ni pelo en otra parte, sino poco en el pubis y en el sobaco. Su cabello es muy tupido, largo, lacio, grueso, negro, jamás de otro color, ni crespo, ni se les cae; sólo encanece a medias en edad muy avanzada. La mano y pie algo pequeños y más bien formados que los nuestros; el pecho de las mujeres no tan abultado como el de otras naciones de indios" (Azara 1850:177).

Se tiene otra descripción del P. Dámaso Antonio Larrañaga (1771-1848), destacado religioso y hombre de ciencia, quien se refiere a los charrúas hacia el año 1813: "los ojos algún tanto oblicuos y no tan chicos como se ponderan; la cara más bien larga que ancha, la parte inferior del rostro estrecha y anchas las espaldas, la frente no muy chica, los dientes muy bien conservados y muy iguales; la boca y labios regulares, nariz un poco aguileña, pies y manos pequeños. En una palabra nada tienen de monstruosos ni deformes los hombres primitivos del país que ocupamos y que eran los verdaderos dueños de la campaña..." (Larrañaga 1930:43).

1.1.2 ORGANIZACIÓN SOCIAL

Los charrúas se organizaban en jefaturas (caciques), electas y consensuadas por el conjunto social. En caso de necesidad, de guerra, se designaba una especie de "Cacique General"; fuera de estos liderazgos la sociedad charrúa era prácticamente horizontal sin mayores distingos entre sus miembros. Entre los pocos nombres de los Caciques que se han conservado se destacan los de Zapicán, Abayubá, Tabobá, Magalona, etc., luego adoptaron nombres de personajes, por ejemplo, el Cacique Brown, Lecor, Rondeau, Sepé, Barbacena, etc. Las familias se agrupaban, a su vez, en tribus.

Azara no logra advertir signos de autoridad entre ellos: "No tienen, igualmente, ni leyes ni costumbre obligatorias, ni recompensas ni castigos, ni jefes para mandarlos. Tenían otras veces caciques, que en realidad no ejercían ninguna autoridad sobre ellos y que desempeñaba allí el mismo papel que en otras naciones de que hablaremos. Todos son iguales; ninguno está al servicio de otro, a no ser alguna mujer vieja que, por carecer de recursos, se reúne a una familia o se encarga de amortajar y enterrar los muertos. Los jefes de familia se reúnen a la entrada de la noche para convenir entre ellos cuales deben pasarla de centinelas y los puestos que deben ocupar; son tan astutos y previsores, que no olvidan nunca esta precaución. Si alguien a formado algún proyecto de ataque o defensa, lo comunica a esta asamblea, que lo ejecuta si lo aprueba. Se colocan todos en círculo sentados sobre los talones. Pero a pesar de esta aprobación, ninguno está obligado a concurrir a la ejecución, ni aún el mismo que ha propuesto el asunto, y no hay ninguna pena que imponer a los que faltan. Son las partes mismas las que arreglan sus diferencias particulares; si no están de acuerdo, se pelean a puñetazos hasta que uno vuelva la espalda y abandona al otro, sin que se vuelva a hablar del asunto. En estos duelos jamás hacen uso de armas, y nunca he oído decir que hubiera algún muerto. No obstante, con frecuencia se derrama sangre porque se aplastan las narices, y aún a veces se parten algún diente" (Azara 1850:178).

Entre los Charrúas encontramos tanto la poligamia como la monogamia, e inclusive uniones esporádicas; si había descendencia la unión entre los cónyuges tendía a perdurar. La crianza de los niños estaba a cargo de las mujeres especialmente la de las niñas, los varones eran enseñados por sus padres en todo lo referido a las cacerías y al uso de lanzas, flechas y boleadoras.

Con respecto a la organización social, el ya mencionado Azara indica que: "Jamás permanecen en el celibato, y se casan en cuanto sienten necesidad de esta unión. Nunca he oído que se casen entre hermanos. Les he preguntado la razón, y no me la han sabido dar; pero como no tienen ninguna ley que lo prohíba, se debe presumir que si tales alianzas no se verifican, es porque cuando la hermana es mayor no espera a que el hermano llegue a la edad necesaria, y se casa con el primero que se presenta, y en el caso

contrario el hermano hace otro tanto. Como son naturalmente taciturnos y serios y no conocen ni el lujo, ni diferencias jerárquicas, ni adornos, ni juegos, etc., cosas que son el principal fundamento de la galantería, el casamiento, este asunto tan grave y que se impone de un modo tan intenso por la Naturaleza, se concierta entre estos salvajes con tanta sangre fría como nosotros cuando se trata de un espectáculo cualquiera. Todo se reduce a pedir la hija a los padres y llevársela, si éstos lo permiten. La mujer no se niega nunca y se casa con el primero que llega, aunque sea viejo y feo. Desde que el hombre se casa forma una familia aparte y trabaja para alimentarla, porque hasta entonces ha vivido a expensas de sus padres, sin hacer nada, sin ir a la guerra y sin asistir a las asambleas. La poligamia es permitida, pero una sola mujer nunca tiene dos maridos; y aún más, cuando un hombre tiene muchas mujeres, estas lo abandonan en cuanto encuentran otro del que puedan ser únicas esposas. El divorcio es igualmente libre para los dos sexos; pero es raro que se separen cuando tienen hijos. El adulterio no tiene otras consecuencias que algunos puñetazos que la parte ofendida administra a los dos cómplices, y esto solamente si los coge infragante. No enseñan ni prohíben nada a sus hijos, y estos no tienen respeto alguno a sus padres; siguiendo esto su principio universal de hacer cada uno lo que le parece, sin estar limitado por ningún miramiento ni ninguna autoridad. Si los niños quedan huérfanos, se encarga de ellos algún pariente" (Azara 1850:179).

1.1.3 ECONOMÍA, ARMAS Y ALIMENTACIÓN

Se trata de un grupo básicamente cazador recolector, luego de la llegada del español desarrollaron un complejo ecuestre y una cierta ganadería basada en los bovinos y equinos. Se trataba de grupos "nomadas" que no han dejado muchos vestigios arqueológicos materiales, tan solo pequeñas vasijas de barro así como sus armas típicas: lanzas, flechas, venablos, hondas, "rompe-cabezas" y boleadoras (Pi Hugarte 1998:73).

Estas últimas eran dos o tres bolas de piedra, unidas por un trozo de cuero de un metro de largo enlazados en un nudo común. Al alcanzar al animal se enredan en sus patas lo que lo deja a merced del cazador. Su efectividad, conforme a las crónicas, podía alcanzar entre treinta y cien metros. Azara ha dejado una espléndida descripción de las boleadoras y de su manejo: "Las hay de dos clases: la primera compuesta de tres piedras redondas, gruesas como un puño, recubiertas de piel de vaca o caballo y amarradas a un centro común con cuerdas de cuero del grueso de un dedo y tres pies de largo. Cogen con la mano la más pequeña de las tres, y después de haber hecho dar vueltas con violencia a las otras por encima de la cabeza, las lanzan hasta la distancia de 50 pasos, y se enredan de tal modo alrededor de las piernas, el cuello o el cuerpo de un animal u hombre que es imposible escaparse. La otra clase de bola se reduce a una sola piedra y la llaman bola perdida. Es del mismo grueso que las otras, y unida a una correa que cogen por el extremo para hacer dar vueltas a la bola como una honda, y cuando la suelta da un golpe terrible a cien pasos o más lejos porque la lanzan cuando el caballo corre a rienda suelta. Si el objeto está cerca, dan el golpe sin soltar la bola" (Azara 1850:176).

Los "rompe-cabezas", por otra parte, eran piedras con puntas talladas que sobresalían unos dos centímetros, de forma esférica, atadas a una rama o tira de cuero de unos 40 centímetros de largo para su manejo

No pudieron escapar a un proceso de aculturación que los llevó a incorporar la alfarería, el tallado y pulimentado de piedras y la navegación. La caza y la recolección se complementaban con la pesca; este tipo de economía los forzaba a desplazarse constantemente para asegurarse su alimentación (Pi Hugarte 1998:17).

El cocido de los alimentos estaba a cargo de las mujeres quienes asaban la carne y los pescados (clavados en el "palo asador"); éstos últimos eran también desecados abriéndolos al medio y exponiéndolos al sol. Adoptaron, finalmente, el mate, proveniente del Paraguay (generalizado entre los criollos y gauchos), aunque en un comienzo mascaban la yerba y no bebían la infusión (Silva 1841:69).

1.1.4 VIVIENDA Y VESTIMENTA

Las viviendas, muy precarias, se ubicaban próximas a los lugares donde se les asegurara su alimentación, tales como los ríos y arroyos. La vivienda, fáciles de armar y trasladar, se estructuraba en torno a cuatro postes clavados en tierra sobre las que se les colocaba travesaños horizontales; la obra se complementaba con laterales de esteras de juncos para protegerse del frío, viento y lluvia. Con la llegada del ganado vacuno y caballar surgen las "tolderías", donde se reemplazan las esteras por cueros: los techos se arman en ramas arqueadas cubiertas por cueros de buen tamaño.

La vestimenta, también sencilla era prácticamente inexistente en el verano y se conformaba por una especie de poncho hecho de pieles de animales salvajes para la temporada fría; esta prenda se denominaba Quillapí o Kiyapí.

Tanto hombre como mujeres usaban una bincha blanca; las mujeres se ornamentaban con collares de cuentas o de valvas de moluscos de agua dulce, llevando plumas de ñandú en la cabeza. Según Acevedo Díaz: "...la bincha y las plumas las usaban atadas con un tiento, con el que se ataban el cabello, siendo las plumas de garzas o de avestruz". Al llegar a la primera menstruación se les pintaba en la frente tres rayas azules verticales desde el nacimiento del pelo hasta la nariz, trazando otras dos líneas que les cruzaban las mejillas, transversalmente hacia los lados de la nariz (Acevedo Díaz 1891:s/n).

1.1.5 CREENCIAS

Aunque algunos cronistas de la época informaron que no tenían religión se puede reconstruir que por el desarrollo de sus ritos fúnebres tenían creencias de ultratumba. Tanto a sus muertos como a sus perros cimarrones los enterraban en las cimas de los cerros (los llamados "bichaderos"). Estos enterramientos eran de poca profundidad siendo cubierto el cuerpo con tierra, ramas, o piedras; generalmente, se les ubicaba sobre si las boleadoras clavando la lanza del fallecido a un lado de la sepultura, y del otro lado se dejaba un caballo atado a una estaca pues suponían que el difunto emprendería un viaje, aunque sin explicitar a donde. Como forma de duelo se practicaban mutilaciones en los dedos. Amén de todo lo anterior, poco más se sabe, no obstante la creencia en un espíritu maligno que denominaban "gualicho" (Díaz 1977:298).

Con respecto a la muerte, Felix de Azara apunta que "tan pronto como muere un indio, transportan su cadáver a un sitio determinado, que es hoy una pequeña montaña, y lo entierran con sus armas, sus trajes y todas las alhajas y objetos. Algunos disponen que se mate sobre sus tumbas el caballo que más querían, cosa que se ejecutaba por algún amigo o pariente. La familia y los parientes lloran mucho al muerto y su duelo es muy singular y muy cruel. Cuando el muerto es un padre, un marido o un adulto, las hijas y las hermanas ya mujeres se cortan así como la esposa, una de las articulaciones de los dedos por cada muerto, empezando esta operación por el dedo meñique. Además se clavan varias veces el cuchillo o la lanza del difunto, de parte a parte, en los brazos, el seno y los costados, de la cintura para arriba, yo lo he visto. Añadid a esto que pasan dos lunas metidos en sus chozas, donde no hacen más que llorar y tomar poquísimos alimentos. Yo no he visto una sola mujer adulta que tuviese los dedos completos y que no llevara cicatrices de heridas de lanza. El marido no hace duelo por la muerte de su mujer ni el padre por la de los hijos; pero cuando éstos son adultos, a la muerte de su padre se ocultan dos días, completamente desnudos, en su choza, sin tomar casi alimentos, y este solamente puede consistir en carne o huevos de perdiz. Después, por la noche, se dirigen a otro indio para que les haga la siguiente operación: coge al paciente un gran pellizco por la carne del brazo y la atraviesa por distintas partes con pedazos de caña de un palmo de largo, de manera que los extremos salen por los dos lados. El primer pedazo se clava en el puño, y los otros, sucesivamente, de pulgada en pulgada, sobre toda la parte exterior del brazo, hasta el hombro, y aún sobre él. No se crea que estos pedazos de caña son del grueso de un alfiler, sino que son astillas cortantes de dos a cuatro líneas de ancho y cuyo grueso es igual por todas partes. Con este triste y espantoso aparato sale el salvaje que está de duelo y se va solo y desnudo a un bosque o a cualquier prado, sin temer al jagueté ni a otros animales feroces que están persuadidos de que huirán viéndolos ataviados de tal modo. Lleva en la mano un palo armado de una punta de hierro, y se sirve de él para cavar, con ayuda de sus manos, un hoyo donde se mete hasta el pecho y donde pasa la noche en él. Por la mañana sale para ir a una cabaña, semejante a las ya descritas y que está siempre preparada para los que están de duelo. Allí se quita las cañas, se acuesta para descansar y pasa dos días sin comer ni beber. Por la mañana y los días siguientes los niños de la tribu le llevan agua y algunas perdices, o sus huevos, en muy pequeña cantidad; los dejan a su alcance y se retiran corriendo, sin decir una palabra. Esto dura diez o doce días, al cabo de los cuales el doliente va a buscar a los otros. Nadie está obligado a estas bárbaras ceremonias; pero, no obstante, es muy raro que dejen de realizarse, porque el que no se conforma exactamente a ellas es considerado como débil; este concepto es su único castigo; y aún no le daña en la sociedad a que pertenece. Los que crean que el hombre no obra nunca sin motivo y que pretenden descubrir la causa de todo podrían ejercer su curiosidad en buscar el origen de un duelo tan extravagante entre esta nación de indios" (Azara 1850:108).

1.1.6 MÚSICA, DANZA Y ENTRETENIMIENTOS

El Gral. Díaz, que frecuentó varias veces a los Charrúas, señalaba que éstos "aunque de índole feroz, eran por lo común de genio alegre y estaban continuamente riéndose". Se pudo observar diversas formas de

diversión como la pantomima, las cabalgatas, etc. Es así que hacia el año 1784 se registró una pantomima de los Charrúas donde imitaban un combate con los Guaycurúes: "iban montados en pelo solo vestidos con un pequeño taparrabo, el pelo suelto, la cara pintada de blanco, armados con lanzas o flechas cortas, cuyas plumas sobresalían formando un arco de varios colores y apariencia verdaderamente hermosa. Su figura y talla arrogante y bella, sin comparación mejor que la de los Guaraníes (...) Aquí vi todo lo que es capaz de hacer un hombre a caballo en pelo y con un gran lanzón. Disparaban los caballos a la furia, los sentaban de repente y revolían con agilidad indecible; en lo más violento de la carrera saltaban en tierra, y otra vez a caballo con la ligereza de un halcón, apoyándose en la lanza; a veces se echaban a un lado ocultándose de tal forma tras el cuello y cuerpo del caballo, que parecía que este corría solo" (Azara 1850:182). Estas prácticas de combate y cacería, tiro de honda, boleadoras, flechas y manejo de lanzas los preparaba para la caza y la guerra.

Según Azara los charrúas "no conocen ni juegos, ni bailes, ni canciones, ni instrumentos de música, ni sociedades o conversaciones ociosas", lo cual es dudoso (Azara 1850: 120). En las dos oportunidades en que Barco Centenera estuvo con los charrúas, estos se acompañaron de instrumentos musicales para la acción guerrera usando especies de bocinas conformadas por cañas u hojas arrolladas, así como atambores, especie de tambor construidos sin membrana, o sea, simples troncos batidos con un palo. También se observan diversas danzas en las que se formaban en hilera antes de lanzarse al combate.

1.1.7 LENGUAJE

Se conservan muy pocas palabras de su lengua, alrededor de setenta voces, desconociéndose su estructura gramatical. De acuerdo a los pocos datos que se poseen los charrúas formarían parte del grupo lingüístico Macro Pano, el cual incluye también al Guaicurú - Mataco, Lule - Vilela y al Pano propiamente dicho. La recopilación de palabras es obra mayormente realizada por el Dr. Teodoro Miguel Vilardebó (médico, naturalista y filántropo uruguayo, 1803 - 1857), hecha sobre la China Arias, una charrúa que vivió en el Estancia de Arias, y el Sargento Mayor Benito Silva que vivió dos años en tolderías charrúas, y estudiada en 1937 por Gómez Haedo (Barrios Pintos 1991: 27). Veamos algunas de sus palabras:

Misajalana - estate quieto	
Pacahocaf -llamaban así a la isla Martín García	Números
Peracat - oca marina	
Priaire -pez sollo	Yu - uno
Quicán -caña (bebida)	Sam -dos
Quillapí - capote de cuero	Deti -tres
Sepé - superior, dios, sagrado, sabio	Betum -cuatro
Samioc -perro	Betum-yu -cinco
Si-si -tabaco y polvo óseo para masticar	Betum-sam -seis
Trofoní -chajä	Betum-deti -siete
Tinú - cuchillo	Betum-artasam -ocho
Walicxé -hechicería	Baquiú -nueve
Zobá -luna	Guaroj -diez

1.2 LOS GUARANÍES

Como se dijo anteriormente, este grupo ocupaba el sur del continente americano, en la costa atlántica, de forma relativamente dispersa, desde debajo de la selva amazónica hasta el sur del Río de la Plata, adentrándose, luego, al oeste del Río Paraná (Pi Hugarte 1998:115).

Los pueblos guaraníes habían alcanzado un cierto grado de desarrollo en comparación con los demás grupos indígenas del oriente sudamericano, lo cual incluía algunos cultivos rudimentarios, confección de diversos utensilios, acondicionamiento de pieles y cueros, hilado y tejido de algunas fibras (como por ejemplo, algodón), y navegar hábilmente en ríos y lagunas (Barrios Pintos 1991:42).

Se debe incluir, asimismo, la domesticación de animales, utilización de diversos instrumentos de labranza como azadas y palos (se cultivaba maíz, trigo y calabaza). La división del trabajo alcanzó, inclusive, a las habilidades de tipo artesanal, donde la cerámica era una tarea femenina así como el cultivo; los hombres, por otra parte, se dedicaban a la guerra, la caza, recolección y pesca (Pi Hugarte 1998:117).

Han dejado huella perenne pues vivían en aldeas, fijándose los nombres toponímicos en su lengua, el guaraní, que sigue siendo utilizado ampliamente en el Paraguay, conjuntamente con el español. Las

viviendas se distribuían en torno a una plaza de forma cuadrangular donde se desarrollaba la actividad cotidiana. Las casas eran grandes, comunales, y tenían el nombre de maloca, en ella vivían todos los miembros de la familia extendida.

Luego de la familia, la organización social estaba encabezada por el cacique con funciones de liderazgo hereditarias. Era el cacique el que administraba el trabajo comunitario y distribuía los bienes de consumo. Salvo pocos bienes de tipo personal (como las armas, hamacas, etc.), el resto pertenecía al grupo en general.

Consideraban una Divinidad suprema que llamaban Ñanderuvusú, "nuestro padre grande", o Ñamandú, el primero, el origen y principio, o Ñandejará, "nuestro dueño", Divinidad que era concebida como invisible, eterna, omnipresente y omnipotente. Esta entidad se expresaba en la plenitud de la naturaleza pero nunca se plasmaba en una imagen material. También concebían la existencia del mal expresado en el concepto de Añá, la cual generaba la muerte, la enfermedad, las catástrofes naturales, etc. Fundamentaron el origen y la existencia de los dioses, los hombres y la naturaleza, mediante mitos. Creían en la continuidad de la vida después de la muerte por lo que a los muertos los proveían de todo lo necesario para que puedan realizar sin carencias, el largo y peligroso viaje a la "tierra sin males". Colocaban sus muertos en urnas de cerámica y practicaban la antropofagia ritual (Barrios Pintos 1991:10).

Hombres y mujeres no usaban prendas de vestir pero con la llegada de los misioneros comenzaron a utilizar un chiripá o taparrabos; las mujeres usaron una especie de túnica de algodón sin mangas, hasta los tobillos. Ambos sexos se adornaban con tatuajes, plumas de aves, amuletos y collares. Los varones desde la pubertad llevaban una especie de clavo en de madera, hueso o piedra insertado debajo del labio inferior y las mujeres en las orejas (Pi Hugarte 1998:53).

1.3 LOS CHANÁS

Muy poco se conoce de este grupo indígena que al parecer pertenecían al macro-grupo charrúa pero había alcanzado un cierto grado de sedentarismo, con aldeas en torno a lagunas y ríos. Construían canoas rudimentarias que les permitían la navegación y la pesca. Comenzaron a usar vestidos cuando los europeos introdujeron el ganado, del cual obtuvieron cueros (Serrano 1955:56). Al parecer también habrían usado rudimentarias telas de algodón de origen guaraní. Los restos arqueológicos y cerámicos sugieren, también, un grado de avance ligeramente superior al de los charrúas en general (Oviedo 1944:71).

1.4 BOHANES, GUENOAS Y YAROS

Son tres tribus menores que, al igual que los minuanes, se consideran cercanas a los charrúas. Su origen debe ubicarse en la actual provincia de Entre Ríos, Argentina, desplazándose luego hasta ocupar los territorios comprendidos entre los afluentes del Río Uruguay al norte del Río Negro, y al sur del Río Ibicuy, donde se encontraban a la llegada del español.

2. PRIMEROS ENCUENTROS ENTRE LOS ESPAÑOLES Y EL INDÍGENA URUGUAYO. ÉPOCA COLONIAL

Los primeros cronistas que se refieren a los habitantes del Uruguay fueron tripulantes de las naves de descubrimiento de origen español y / o portugués; a esta primera "camada" se debe agregar distintos religiosos, militares, etc. Estos cronistas no fueron ni indígenas ni mucho menos antropólogos: sus descripciones estaban tergiversadas por un acusado etnocentrismo y centradas en aquellos aspectos de la cultura indígena que más pudiera llamarles la atención.

Los Charrúas entran en la historia de Occidente con la muerte de Juan Díaz de Solís, quien luego de descubrir el Río de la Plata, habría padecido ante antropófagos probablemente guaraníes, sin embargo, la etnia Charrúa es endilgada con este hecho.

Antonio Pigafetta, acompañante de Magallanes y luego de Elcano en la primera circunnavegación al mundo, presenta la primera descripción de un indígena perteneciente a esta zona. Hacia enero de 1520, en lo que hoy es el departamento de Colonia, se efectúa el siguiente encuentro:

"Continuando después nuestro camino, llegamos hasta el grado 34, más un tercio, del Polo Antártico, encontrando allá, junto a un río de agua dulce, a unos hombres que se llaman 'caníbales' y comen carne humana. Se acercó a la nave capitana uno de estatura casi como de gigante para garantizar a los otros.

Tenía un vozarrón de toro. Mientras éste permaneció en la nave, los otros recogieron sus enseres y los adentraron más en la tierra, por miedo a nosotros. Viendo lo cual, saltamos un centenar de hombres a tierra en busca de entendernos algo, trabar conversación; por lo menos, retener a alguno. Pero huían, huían con tan largos pasos, que ni con todo nuestro correr podíamos alcanzarlos. Hay en este río siete islas. En la mayor de ellas encuéntrense piedras preciosas; se llama cabo de Santa María" (Barrios Pintos 1991:26).

Al parecer, el primer indio que es avistado y que sube a la nave, por sus características físicas sería un charrúa (que no era antropófago, como si lo fueron los guaraníes, de menor porte).

Con el descubrimiento del Río de la Plata y la llegada del primer adelantado en el año 1535, se pueden observar diversos diarios de navegación en los que se hace referencia a los charrúas. Tal es el caso del "Diario da Navegación" de Pedro Lopes de Sousa, quien desembarcó el 25 de octubre de 1531 en la playa del puerto de Maldonado para abastecerse de agua. Los indios charrúas se les acercaron temerosos primero y confiados luego, recibéndolos "com grandes choros e cantigas muí tristes" (Barrios Pintos 1991:9).

La primera confrontación entre charrúas y españoles se produce en el año 1573, cuando un soldado desertor del Adelantado Ortiz de Zárate pidió albergue y protección a los charrúas, quienes accedieron a protegerlo y no entregarlo. Finalmente, luego de infructuosas tratativas por parte de Zárate, los charrúas fueron fieles a sus palabras y no entregaron al soldado, por lo que españoles y charrúas se enfrentaron en el combate de San Gabriel, el 29 de diciembre de 1573. Con el refuerzo que aporta Juan de Garay, los españoles resultan vencedores en el combate de San Salvador (año 1574) (Clare 1959:68).

Lentamente los españoles comenzaron a edificar diversos fortines en el territorio de la Banda Oriental, notando los Charrúas la intención de la apropiación de las tierras; de hecho, el Rey de España daba a los conquistadores la propiedad de las tierras que descubriesen. Desde ese entonces se hicieron frecuentes las diversas batidas que terminadas en verdaderas matanzas buscaban poner límites y alejar al indígena.

En el año 1702 se suscita la llamada "batalla del Yí", en que fuerzas de guaraníes (unos 2000 hombres) junto a españoles ocasionaron importantes bajas a los charrúas, apresando a 500 individuos entre mujeres y niños, luego conducidos a las misiones. Se dio orden de degollar a la mayoría: "los tapes (guaraníes de las misiones) se lanzaron como fieras sedientas de sangre sobre los indefensos charrúas. El acto de la degollación fue realmente espantoso. Los asesinos estaban en la proporción de veinte para cada víctima, y se las disputaron, por el placer de ultimarlas, con un arrebató sin igual en los fastos carniceros de la humanidad. En pocos minutos, ni uno solo de los maniatados guerreros existía. Doscientos Charrúas, invencibles en el campo de batalla, quedaron sin vida sobre un lago de sangre, en el campo de la traición y de la infamia..." (Clare 1959:84).

En marzo de 1751 se produce la "limpieza de los campos", siendo Gobernador de Montevideo José Joaquín de Viana, quien da la orden de "sujetar a los charrúas a la cruz y a la campana o pasarlos a cuchillos a todos los varones mayores de doce años". Las mujeres y niños eran remitidos a la ciudad de Buenos Aires o a la de Montevideo (fundada en 1727), como prisioneros y como servicio doméstico.

La época colonial prácticamente se cierra con la fundación en el año 1797 del Cuerpo de Blandengues, con sede en la ciudad de Maldonado. De este regimiento surgiría el prócer uruguayo Don José Gervasio Artigas quien haría lo posible para defender al indígena. No obstante, el objetivo de los Blandengues era "llevar una guerra sin cuartel contra los indios infieles".

3. LOS INDÍGENAS EN LA ÉPOCA INDEPENDENTISTA

Se debe resaltar como un elemento notable, la gran cercanía entre José Artigas (1764-1850), prócer uruguayo, y los indígenas, quienes actuaron a su lado en las guerras de independencia contra España, primero, y luego contra Portugal.

El vínculo con los indígenas ya estaba establecido con el abuelo de Artigas, Don Juan Antonio Artigas (1732-1773), pues "era él quien lograba entenderse con los infieles, yendo solo y gallardamente de toltería en toltería, para salvar a Montevideo, una y otra vez" (Maggi 1999:11). Artigas habría escuchado de labios de su propio abuelo sus aventuras y proceder con los indígenas.

Desde los 14 años de edad, el que sería padre de la nacionalidad uruguaya, ya se relacionaba con los Charrúas en las faenas rurales y el transporte de ganado (Maggi 1999:69). Con el inicio de las batallas independentistas los charrúas pasan a integrar, en forma natural, el ejército oriental, según Artigas, "ellos tienen el principal derecho". El un indio era su semejante:

"Cuando los indios se pasan del otro lado es por vía del refugio y no de hostilización. En tal caso ellos estarán sujetos a la Ley que V.S. quiera indicarles, no con bajeza y si con un orden posible, a que ellos queden remediados, y la Provincia con esos brazos más a robustecer su industria, su labranza y su fomento. Todo consiste en las sabias disposiciones del Gobierno. Los indios, aunque salvajes, no desconocen el bien y aunque con trabajo al fin bendecirían la mano que los conduce al seno de la felicidad, mudando de religión y costumbres... V.S. adopte todos los medios que exige la prudencia y la conmiseración con los infelices y hallará en los resultados el fruto de su beneficencia". Carta de Artigas al Cabildo Gobernador de Corrientes, del 9 de enero de 1816 (Maggi 1999:126).

Desde siempre se nota una preocupación del prócer uruguayo por el indígena, considerando a éste en una situación de desventaja frente al criollo; es así que a Don José de Silva, Gobernador de Corrientes le dice que "igualmente encargo de usted que mire y atienda a los infelices pueblos de indios (...) yo deseo que los indios en sus pueblos se gobiernen por sí, para que cuiden de sus intereses como nosotros de los nuestros. Así experimentarán la felicidad práctica y saldrán de aquel estado de aniquilamiento a que los sujeta la desgracia. Recordemos que ellos tienen el principal derecho, y que sería una degradación vergonzosa, para nosotros, mantenerlos en aquella exclusión vergonzosa que hasta hoy han padecido, por ser indios. Acordémonos de su pasada infelicidad, y si ésta los agobió tanto, que ha degenerado de su carácter noble y generoso, enseñémosle nosotros a ser hombres, señores de sí mismos. Para ello demos la mayor importancia a sus negocios. Si faltan a los deberes, castígueseles; si cumplen, servirá para que los demás se enmienden, tomen amor a la patria, a sus pueblos y a sus semejantes. Con tan noble objeto recomiendo a su V.S. a todos esos infelices. Si fuera posible que usted visitase a los pueblos personalmente, eso mismo les serviría de satisfacción y a usted de consuelo, al ver los pueblos de su dependencia en sosiego".

Con el repliegue de Artigas frente al avance lusitano que finalmente lo hace abandonar el país rumbo al Paraguay (1820), quedan atrás las ideas "progresistas" del héroe uruguayo: como se verá con el nacimiento de la República, unos diez años después, el indígena es considerado una traba y se define su aniquilación como tal. Era tanta la proximidad de Artigas a los indígenas que su escudo, del año 1816, estaba coronado por plumas indígenas, cruzado por una lanza charrúa, un arco y un carcaj con dos flechas (Barrios Pintos 1991:57).

4. PUNTO FINAL: LA REPÚBLICA Y LA ANIQUILACIÓN DE LA ETNIA INDÍGENA

Con el nacimiento de la República (1830), los grupos indígenas finalmente sucumben a la deculturación, a la pérdida de territorio para cazar y recolectar, a las enfermedades infecciosas (viruela y sarampión), y al enfrentamiento acérrimo con el ejército nacional.

Desaparecido Artigas del escenario político rioplatense, no hubo ya barreras para el exterminio del indígena. Los enfrentamientos, que tuvieron su culminación en "Salsipuedes", formaron parte de un "programa" de erradicación del indio como una forma de "barbarie" que impedía el "progreso" del naciente país. Los enfrentamientos con los indígenas se justificaban por los pedidos que algunos hacendados hacían que se tomarán represalias contra los indios que robaban su ganado y atacaban sus estancias (Pi Hugarte 1998:139).

El preámbulo al enfrentamiento final se gestaba ya desde la época del mandato de Rondeau (1828-1830), quien solicitaba al comandante General de Armas, Fructuoso Rivera, que asegurara a cada ciudadano la tranquilidad en sus propiedades, apuntando directamente a los indígenas. Juan Antonio Lavalleja (prócer uruguayo) en carta a Rivera le señala que "...para contenerlos (a los charrúas) en adelante y reducirlos a un estado de orden al mismo tiempo. Escarmentarlos se hace necesario que tomen las acciones necesarias para asegurar la tranquilidad a los vecinos y la garantía de sus propiedades" (Acosta y Lara 1969:79).

La situación del campo uruguayo para el año 1830 era sumamente caótica con cuereadores clandestinos, cuatros, contrabandistas, a los que se les debe sumar los indios charrúas que se llevaban ganado ajeno considerándolo como propio. Se impuso el valor jurídico de la "propiedad" con respecto a las necesidades de alimentación y sobre vivencia de los grupos autóctonos uruguayos.

La confrontación de Salsipuedes es el resultado del enfrentamiento prolongado de más de tres siglos entre el blanco y el indígena. Incluso se debe distinguir entre la etnia guaraní que conformaba el ejército riverista de la charrúa, a quien odiaban. Es el final de un dramático choque de culturas en los que desaparece un modo de vida que no se ajustaba a los tiempos de la República, a su cuerpo de leyes y a su organización. El enfrentamiento, matanza, llevada a cabo a orillas del arroyo Salsipuedes por el General Fructuoso Rivera, primer presidente del Uruguay (1830 – 1834) y prócer nacional, fue cuidadosamente planificada: se utilizó como excusa armar una supuesta incursión a Brasil para arrear ganado (Pi Hugarte 1998:141).

Los Caciques debían reunirse con las tropas de Rivera en Salsipuedes, el día 11 de abril de 1831. Aparentemente, se les ofreció a los indígenas varios barriles de aguardiente y presentes para embriagarlos, posteriormente, los charrúas fueron cercados por las tropas, apoderándose de las armas y caballos antes de atacarlos.

Eduardo Acevedo Díaz, según apuntes del brigadier general Antonio Díaz (abuelo del anterior), da cuenta del episodio:

“...pero, el presidente Rivera llamaba en voz alta de “amigo” a Venado y reía con él marchando un poco lejos; y el coronel, que nunca les había mentido, brindaba a Polidoro con un chifle de aguardiente en prueba de cordial compañerismo. En presencia de tales agasajos, la hueste avanzó hasta el lugar señalado, y a un ademán del cacique todos los mocetones echaron pie a tierra. Apenas el general Rivera, cuya astucia se igualaba a su serenidad y flema, hubo observado el movimiento, dirigióse a Venado, diciéndole con calma: “Empréstame tu cuchillo para picar tabaco”. El cacique desnudó el que llevaba a la cintura y se lo dio en silencio. Al cogerlo, Rivera sacó una pistola e hizo fuego sobre Venado. Era la señal de la matanza. El cacique, que advirtió con tiempo la acción, tendióse sobre el cuello de su caballo dando un grito. La bala se perdió en el espacio. Venado partió a escape hacia los suyos. Entonces la horda se arremolinó y cada charrúa corrió a tomar un caballo. Pocos sin embargo lo consiguieron, en medio del espantoso tumulto que se produjo instantáneamente. El escuadrón desarmado de Luna, se lanzó veloz sobre las lanzas y algunas tercerolas de los indios, apoderándose de su mayor parte y arrojando al suelo bajo el tropel varios hombres. El segundo regimiento buscó su alineación a retaguardia en batalla con el coronel Rivera (Bernabé, sobrino del presidente) a su frente; y los demás escuadrones, formando una grande herradura, estrecharon el círculo y picaron espuelas al grito de “carguen”. Bajo aquella avalancha de aceros y aun de balas, la horda se revolió desesperada, cayendo uno tras otro sus mocetones más escogidos. El archicacique Venado, herido por muchas lanzas, fue derribado en el centro de la feroz refriega. Polidoro sufrió la misma suerte. Otros quedaron boca abajo, con el rejón clavado en los pulmones. En algunos cuellos bronceados y macizos se ensañó el filo de las dagas, pues no había sido en vano el toque sin cuartel; y al golpe repetido de los sables sobre el duro cráneo indígena, puede decirse que voló envuelta en sangre la pluma de ñandú, símbolo de la libertad salvaje. No fueron pocos los que se defendieron, arrebatando las armas a las propias manos de sus victimarios. El teniente Máximo Obes y ocho o diez soldados pagaron con sus vidas en ese sitio la inhumana resolución del general Rivera. El cacique Pirú al romper herido el círculo de hierros, le gritó al pasar: “Mirá Frutos (apelativo de Fructuoso Rivera) tus soldados, matando amigos” (Acevedo Díaz, Eduardo 1891:85).

El siguiente es el parte del combate de Salsipuedes del día 2 de abril de 1831:

“Exmo. Gobierno de la República. Cuartel General, Salsipuedes, abril 2 de 1831. Después de agotados todos los recursos de prudencia y humanidad; frustrados cuantos medios de templanza, conciliación y dádivas pudieron imaginarse para atraer la obediencia y la vida tranquila y regular a las indómitas tribus de los charrúas, poseedoras desde una edad remota de la más bella porción del territorio de la República; y deseoso, por otra parte, el Presidente General en Jefe, de hacer compatible su existencia con la sujeción en que han debido conservarse para afianzar la obra difícil de la tranquilidad general; no pudo temer jamás que llegase el momento de tocar, de un modo práctico, la ineficacia de estos procedimientos, neutralizados por el desenfreno y la malicia criminal de estas hordas salvajes y degradadas. En tal estado y siendo ya ridículo y efímero ejercitar por más tiempo la tolerancia y el sufrimiento, cuando por otra parte sus recientes y horribles crímenes exigían un ejemplar y severo castigo, se decidió a poner en ejecución el único medio que ya restaba, de sujetarlos por la fuerza. Más los salvajes, o temerosos o alucinados, empeñaron una resistencia armada que fue preciso combatir del mismo modo para cortar radicalmente las desgracias que con su diario incremento amenazaban las garantías individuales de los habitantes del Estado y el fomento de la industria nacional, constantemente degradada por aquéllos. Fueron en consecuencia atacados y destruidos, quedando en el campo más de 40 cadáveres enemigos, y el resto con 300 y más almas en poder de la división de operaciones. Los muy pocos que han podido evadirse de la misma cuenta, son perseguidos vivamente por diversas partidas que se han despachado en su alcance y es de esperarse que sean destruidos también si no salvan las fronteras del Estado. En esta empresa, como ya tuvo el sentimiento de anunciarlo al Excmo. Gobierno, el cuerpo ha sufrido la enorme y dolorosa pérdida del bizarro joven teniente D. Maximiliano Bes, que como un valiente sacrificó sus días a su deber y a su patria; siendo heridos a la vez el distinguido teniente coronel D. Gregorio Salvado y los capitanes D. Gregorio Berdum, D. Francisco Estevan Benítez y seis soldados mas.” (Acosta y Lara 1969:49-50).

En el diario El Universal de Montevideo se menciona en su edición del 15 de abril que "Estamos informados de que en el día 10 del corriente ha habido una acción en Salsipuedes, entre los Charrúas y la división del inmediato mando de S.E. el Señor Presidente en campaña, en la cual han sido aquellos completamente destruidos".

Aunque el resultado del enfrentamiento de Salsipuedes fue contundente no todos los caciques acudieron a esa cita, desconfiados lograron escapar, a los que se debe sumar los que escaparon a la propia confrontación. No se conoce el número exacto de muertos (Rivera consigna cuarenta, pero los "charruistas" hablan de miles), lo cierto que la etnia charrúa en ese momento no alcanzaba a superar el medio millar de individuos.

Los niños, ancianos, mujeres y algunos combatientes, fueron llevados prisioneros a Montevideo, el resto permaneció oculto detrás de apellidos hispánicos, refugiados en casas de amigos, en el "monte sucio" o emigrando al Brasil y otras tierras.

Finalmente, un pequeño grupo de Charrúas fue enviados a París para ser "estudiado": se trataba de una mujer y tres hombres, Senaqué, Tacuabé, Vaimaca Pirú y Guyunusa (esposa de Tacuabé). La idea provino de Francisco de Curel, director del Colegio Oriental de Montevideo, quien los traslado al Museo del Hombre de París donde fueron exhibidos como ejemplares de una raza exótica. Curel señalaba el interés que despertaría en los hombres de ciencia tomar conocimiento directo de sobrevivientes de una nación indígena próxima a su extinción (Barrios Pintos 1991: 169). El 25 de febrero de 1833 se embarcan rumbo a Francia en la barca Phaéton llegando al puerto de Saint-Malo el 7 de mayo continuando hacia su destino en París.

Guyunusa tuvo una hija y su padre Tacuabé logró escapar con ella, perdiéndose su rastro. Vaimaca-Pirú fue, a su muerte, momificado (Rivet 1930:21). El día 16 de julio del año 2002 fueron finalmente repatriados los restos del cacique Vaimaca Pirú (1790-1833), a la ciudad de Montevideo, al Uruguay. Vaimaca habría acompañado las luchas por la independencia del Uruguay bajo las órdenes del prócer José Artigas (Barrios Pintos 1991:58).

La ilustración muestra un documento iconográfico realizado por Delaunois de los Charrúas en París en 1833, publicada por el Dr. Paul Rivet en su obra "Les Derniers Charrúas" del año 1930; la lámina los muestra robustos pero de hecho estaban en avanzado estado de desnutrición.

Con su muerte, se consideró que el Uruguay era uno de los países americanos sin culturas indígenas vivientes, llamando al grupo exiliado "los últimos Charrúas". Sin embargo, los Charrúas han sobrevivido en la toponimia uruguaya con nombres como Tacuarembó, Queguay, Guayabos, Arapey, y el del propio país, Uruguay. La construcción mítica "romántica" posterior hizo que los uruguayos se autodenominen "charrúas" (Pi Hugarte 1998:185).

BIBLIOGRAFÍA

- ACEVEDO DÍAZ, Eduardo, "Etnología indígena – La raza charrúa a principios de este siglo" en *Diario La Época*, 7,8 y 9 de agosto, Montevideo. 1891
- ACOSTA Y LARA, Eduardo, *La guerra de los charrúas en la Banda Oriental*. Montevideo, Impresores A. Monteverde. 1969
- AZARA, Félix, *Viajes por la América del Sur desde 1789 hasta 1801*. Montevideo, Colección del Comercio del Plata. 1850
- BARRIOS PINTOS Aníbal, *Los Aborígenes del Uruguay*. Montevideo, Librería Linardi y Risso. 1991
- CENTENA, Martín del Barco. *Argentina y Conquista del Río de la Plata*. Buenos Aires, Ángel Estrada y Cia. Editores. 1912
- CLARE, Dardo, *Retablo Charrúa*. Montevideo, Medina. 1959
- DÍAZ, Brigadier General Antonio, *Los apuntes manuscritos de este distinguido en cuanto esclarecimiento militar sobre los indios charrúas del Uruguay*, Montevideo, Estado Mayor del Ejército. 1977
- FIGUEIRA, Eduardo José, *Acevedo Díaz y los aborígenes del Uruguay*, Montevideo, Estado Mayor del Ejército. 1977
- IMBELLONI, José, "De Historia Primitiva de América. Los grupos raciales aborígenes". Madrid, *Cuadernos de Historia Primitiva* Año II, N° 2. 1957
- LARRAÑAGA, Damaso Antonio. *Viaje de Montevideo a Paysandú*. Montevideo, Escuela Tipográfica Talleres Don Bosco. 1930
- MAGGI, Carlos, *Artigas y su Hijo el Caciquillo*. Montevideo, Fin de Siglo. 1999
- OVIDIO Y VALDÉS, *Historia General y Natural de las Indias...* Asunción del Paraguay, Editorial Guaranía. 1944-1945
- PI HUGARTE, Renzo, *Los Indios del Uruguay*. Montevideo, Banda Oriental. 1998
- RIVET, Paul, "Les derniers charruas". *Rev. Amigos de la Arqueología*, Montevideo, 4: 5-117. 1930
- SERRANO, Antonio, *Pueblos y Culturas indígenas del litoral*. Santa Fé, Editorial Castillvia. 1955
- SILVA, Benito (1841), "Noticias sobre los charrúas dadas por el Sargento Mayorr Benito Silva en Montevideo", en Vilardebó, Teodoro, *Noticias sobre los Charrúas*. Montevideo, Artes Gráficas Covadonga. 1963
- GARCÍA, Diego "Memoria de la navegación que hice este viaje en la parte del mar océano dende que salí de la ciudad de la Coruña, que allí me fue entregada la armada, por los oficiales de Su Majestad, que fue en el año de 1526, y firma: Diego García, Capitán General", en Manuel Ricardo Trelles, *Diego García primer descubridor del Río de la Plata*. Buenos Aires. Imprenta del Porvenir. 1953
- VILARDEBÓ, Teodoro Miguel, *Noticias sobre los Charrúas*. Montevideo, Artes Gráficas Covadonga. 1963